

EL SACRAMENTO DE LA RECONCILIACION



EDUARDO J. ORTIZ

CURSO DE CRISTIANISMO HOY 9

CURSO LATINOAMERICANO DE CRISTIANISMO

1. Latinoamérica: Paz o Violencia Institucionalizada
2. Análisis Socio-Político de la Iglesia Latinoamericana
3. La Iglesia Latinoamericana busca su rostro
4. Tipos cristianos en Latinoamérica hoy
5. El Exodo
6. Liberación y Liberaciones
7. Salvarse en Latinoamérica
8. Cautiverio y Creación
9. Libros Sapienciales: Mujeres, Plata, Poder
10. Los Cristos de América Latina
11. Jesús de Nazareth
12. El Nacimiento de la Iglesia
13. El Constantinismo en la Iglesia

Bs. 3

CRISTIANISMO HOY

1. Proceso Histórico de la Iglesia Venezolana
2. Cómo leer el Antiguo Testamento
3. El Antiguo Testamento leído al Pueblo
4. Cómo leer los Evangelios
5. La Eucaristía: La comida de la comunidad cristiana
6. Fe, compromiso y derechos humanos en Latinoamérica
7. El Protestantismo ayer y hoy
8. Cristo, una buena noticia
9. El Sacramento de la reconciliación
10. Tradiciones y tendencias en el Antiguo Testamento

Bs. 3

EL SACRAMENTO DE LA RECONCILIACION

Sumario

CRISIS DE UNA PRACTICA	2
MOTIVOS DE LA CRISIS	3
A. Sentido de pecado	3
B. Administrador	4
C. Sacramento	5
IGLESIA PRIMITIVA	6
SEGUNDO PERDON	9
PENITENCIA PUBLICA	12
A. Pecados sometidos a penitencia	13
B. Imposición de la penitencia	14
C. Ejercicios penitenciales	14
D. Tiempo y duración	15
E. Casos especiales	16
CRISIS Y DECADENCIA	17
NACIMIENTO DE LA PENITENCIA PRIVADA	18
HASTA NUESTROS DIAS	21
RESUMIENDO	24
MIRANDO HACIA ADELANTÉ	25
A. Diversas pastorales	25
B. Desde el rito y desde el símbolo	25
C. Movilidad de los símbolos	26
D. ¿Quién maneja los símbolos?	27
RECONCILIACION Y PERDON	27
A. Constructores de paz	28
B. Discernimiento	29
C. Perdonar como somos perdonados	29
D. Confesión individual	30
PONIENDO LAS VERDADERAS PREGUNTAS	31
NOTA BIBLIOGRAFICA	32

CENTRO GUMILLA

Av. Cristóbal Rojas 16 — Santa Mónica

Apartado 40.225 — Tfs. 661.28.40 y 661.95.15

CARACAS 1040-A — VENEZUELA

1980

las actitudes; y aunque toda actitud se manifieste en acciones, no toda acción aislada es reflejo de una actitud radicalmente viciada.

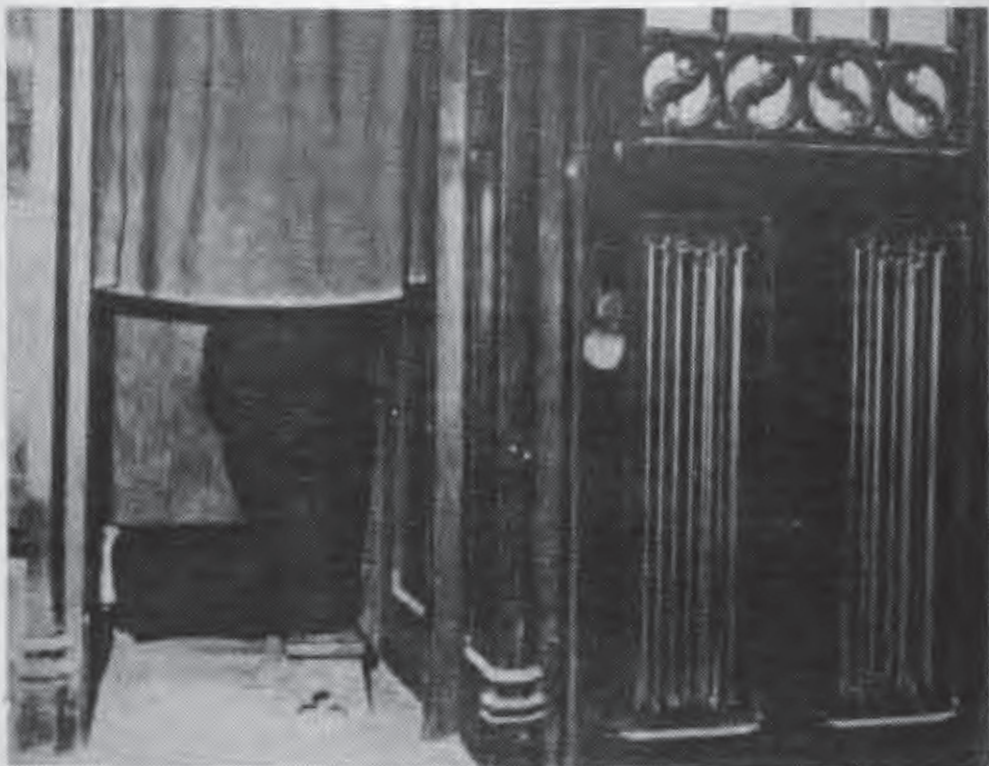
3. Por lo demás, es un hecho que el cristiano se deja guiar hoy más por su conciencia que por lo que dice la ley, y esto conlleva un juicio más benigno sobre uno mismo. Cantidad de veces se escucha la expresión: "a mí me han dicho que esto es pecado, pero yo estoy convencido de que no lo es". Esta distonía tendrá que ser escuchada por legisladores y moralistas si no quieren perder la función que hasta ahora han desempeñado en la Iglesia.

B. ADMINISTRADOR

El que administra la absolución es el sacerdote, como representante oficial de la Iglesia. También esto crea hoy algunas dificultades.

1. Es difícil encontrar una persona que de una manera o de otra no haya tenido una experiencia bastante traumatizante en sus confesiones, comenzando por las de la infancia. Por desgracia esta sensación de malestar se debe muchas veces a la actitud del ministro, al que se atribuyen calificativos nada halagüeños.

— **Intransigente.** La teología tradicional califica al confesor como juez. Por lo tanto debe sentenciar de acuerdo a un código que le viene impuesto, y frente al que no existe apelación. Esta dureza se debe pues en algunas ocasiones a una malformación sobre el sentido del deber. No se puede excluir en algunos casos una falta de sensibilidad típica de quien se cree responsable de mantener altos los cánones de comportamiento. Otras veces está motivada simplemente por la inseguridad. La moral es cada vez más compleja,



y una falta adecuada de puesta al día puede empujar a refugiarse en el recurso fácil de agarrarse a un manual caiga quien caiga.

— **Inquisitivo.** Con no rara frecuencia algunas personas dicen sentirse humilladas por lo que consideran curiosidad malsana del sacerdote, sobre todo en cuestiones referentes al sexo, donde se hurga con insistencia obsesiva. El problema se agrava si el sacerdote además es escrupuloso.

— **Mal orientador.** Hoy este campo se ha especializado mucho y exige un dominio de las ciencias de la conducta nada común. Por lo general el sacerdote no es psicólogo. Y aunque hay personas en quienes la experiencia y el sentido común suplen estas deficiencias, no es esto lo más corriente.

— **Lejano.** En la mayoría de los campos donde la persona siente hoy los conflictos de deberes más fuertes (familia, profesión, negocio) el sacerdote sólo sabe de ofdas. No ha vivido las tensiones en carne propia, y se le escapan por tanto elementos difícilmente verbalizables pero esenciales. Por eso más de una vez uno se siente mejor comprendido y aconsejado por un amigo que por un sacerdote.

2. En algunos casos el cristiano siente también rechazo a pedir perdón a un representante de la Iglesia, porque ve a ésta como una institución que ha cometido tremendas injusticias con las personas, y que casi nunca ha pedido perdón públicamente por ellas. Como dice Karl Rahner: "Soy ya viejo. He defendido siempre que ésta es una Iglesia pecadora que ayer, hoy y siempre se equivoca en muchas enseñanzas y decisiones. Lamentablemente, rara vez he visto que en un caso concreto un funcionario eclesiástico concreto haya reconocido honrada y abiertamente su equivocación" (*Revista SIC* No. 421 p.45).

C. SACRAMENTO

Un tercer tipo de dificultades se refiere más directamente al sacramento mismo.

1. La más socorrida es la de que hay que pedir perdón a aquél que se ha ofendido,

y no a una persona ajena. Esta objeción se manifiesta en una doble vertiente. Algunos dicen que se confiesan con Dios; otros piden perdón al hermano. Parece evidente que la actitud correcta es la segunda. A Dios se le ofende fundamentalmente cuando se ofende al hombre, y uno se reconcilia con él reconciliándose con el hombre. Un antiguo *midrash* judío expresa esto con extraordinario énfasis: "Cuando los hombres se pusieron a construir la torre de Babel, sucedió que los trabajos no iban bastante deprisa. Entonces los capataces decidieron que había que trabajar incluso los sábados. Dios no dijo nada. Algunos días más tarde, resbaló un obrero del andamio y se mató. Se le enterró rápidamente, sin ceremonia alguna. En ese momento se desencadenó la cólera de Dios. Porque el pecado contra el hombre es más grave que el pecado contra Dios". (Citado por TEJEDOR, César: *El grito del hombre* — Marova, 1979, p. 41).

2. Toda la teología sacramental ha perdido algo de su preponderancia al ser considerada dentro de un contexto más globalizante. Frente a la imagen tradicional que representaba a los siete sacramentos como los canales privilegiados y casi exclusivos de la gracia, hoy se valoran mucho más otras formas de experimentar lo mismo, aunque no estén refrendadas canónicamente ni hayan sido tan consideradas en la historia.

3. El hombre moderno es más sensible al peligro de magia que puede fomentar la concepción tradicional de la absolución. El desorden creado por una mala acción es algo muy serio y permanente que no se borra con la pronunciación de unas palabras. Aunque nunca ha sido ésta la concepción auténtica de la absolución sacramental, la predicación sobre la misma sí ha podido dejar la impresión de que para la Iglesia es más importante tener las cuentas claras con Dios (es decir, haberse confesado) que contrarrestar el mal causado. Las llamadas "penitencias" han sido por lo general algunas breves oraciones que nada tienen que ver con el pecado cometido.

La realidad nos dice, sin embargo, que es mucho más importante esforzarse en ha-

cer el bien que llorar por haber hecho el mal. En la vida normal mucha gente expresa su arrepentimiento en forma indirecta, intensificando las atenciones a la persona a la que se ha ofendido, o enderezando lo que se ha estropeado. Es mejor tomar esta postura que repetir hasta la saciedad la expresión "perdóname" y seguir igual que antes.

4. A las personas con más delicadeza de conciencia les resulta un fastidio repetir una confesión tras otra la misma lista de faltas. Hay deficiencias inevitables que nunca se harán desaparecer totalmente. No tiene sentido pasarse la vida pidiendo perdón por ellas. Por otra parte tampoco se encuentran cosas nuevas de que acusarse.

Iglesia primitiva

Desde los tiempos más antiguos, todas las religiones han buscado diversas formas de reconciliarse con Dios. Trasladando a la religión el esquema que se utiliza en las relaciones humanas, se pensó que la mejor forma de volver propicio a un Dios ofendido sería pedirle perdón por la falta, prometerle que el hecho no se volvería a repetir, y aplacarle con algún regalo que demostrara el cambio de actitud.

La Biblia nos narra también con frecuencia procesos de arrepentimiento y conversión (recordemos el salmo 51 o "miserere"). Estos iban acompañados por ceremonias rituales, en que la persona particular expresaba su propósito de cambiar de vida entregando algo de sí misma. Con el tiempo se llegó a una compleja sistematización de sacrificios expiatorios, que cubrían diversos tipos de faltas y agrupaban a todos los judíos en determinadas festividades (Levítico caps. 4-7). Parece que más tarde estos ritos decayeron hasta convertirse en ceremonias vacías y rutinarias, pues los profetas claman con frecuencia contra los sacrificios que no van acompañados por una auténtica conversión. (Amós 5.21-25; Oseas 6.4-6; Isaías 1.10-17; Miqueas 6.6-8).

Una convicción compartida en todo este tiempo era que ningún hombre tenía poder para perdonar pecados. Sólo Dios era capaz de perdonar.

Este continuo caer en falta y tener que reconciliarse llegaba a crear en la persona una conciencia de indignidad y frustración. Se añoraba una santidad inalcanzable. Es comprensible entonces que los oráculos sobre los tiempos mesiánicos contuvieran a menudo la promesa del perdón definitivo y de la impecabilidad: **"Miren que llegan días —oráculo del Señor— en que haré una alianza nueva con Israel y con Judá; no será como la alianza que hice con sus padres, la alianza que ellos quebrantaron y yo mantuve. Meteré mi ley en su pecho, la escribiré en su corazón, yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo, todos grandes y pequeños me conocerán —oráculo del Señor— pues yo perdono sus culpas y olvido sus pecados"** (Jeremías 31.31-34).

Siglos más tarde apareció a orillas del Jordán un profeta llamado Juan, proclamando que habían llegado los días del cumplimiento de la promesa. Para hacer visible su mensaje sumergía en agua a los que le escuchaban, retomando un símbolo practicado en algunos círculos religiosos de su tiempo. **("Pregonaba un bautismo, para que se arrepintieran y se les perdonaran los pecados"**

Marcos 1.4).

No es extraño que ante tal novedad las autoridades judías de Jerusalén enviaran a algunos sacerdotes a preguntarle quién era, y que éstos quedaran desconcertados al escuchar que quien hacía tales cosas no era el Mesías (Juan 1.19-28).

Unos meses después uno de los bautizados por Juan, Jesús de Nazareth, retomó la



En los primeros años del cristianismo, los apóstoles siguieron proclamando la misma-remisión de los pecados que ahora ellos atribuyen a su Maestro. **"Arrepiéntanse, bautícense confesando que Jesús es Mesías para que se les perdonen los pecados, y recibirán el don del Espíritu Santo"** (Hechos 2.38).

Al recordar la semejanza externa entre los sacrificios expiatorios de los judíos y la muerte sangrienta de Jesús, algunos comenzaron también a considerar la muerte de Cristo como el sacrificio definitivo que borraba todos los pecados. **"El Mesías, presentándose como sumo sacerdote de los bienes definitivos, y mediante sangre no de cabras y becerros sino suya propia, entró de una vez para siempre en el santuario, consiguiendo una liberación irrevocable"** (Hebreos 9.11). Esta imagen fue también, según algunos evangelios, utilizada por el mismo Jesús la noche última de su vida, cuando tomó una copa de vino y dijo: **"Beban todos, que ésta es mi sangre, que se derrama por todos para el perdón de los pecados"** (Mt 26.28).

Así quedaron constituidos en la Iglesia Primitiva los dos sacramentos o símbolos a través de los cuales se figuraba la remisión de los pecados. La recepción del bautismo introducía al creyente en la comunidad de los elegidos, y la participación en la eucaristía alimentaba la unión con Cristo hasta su vuelta.

En estos primeros tiempos, cuando se esperaba un regreso cercano de Cristo (1 Tes 4.15-18; 1 Cor 15.51) a nadie le pasaba por la cabeza pensar en la necesidad de un "segundo perdón". La transformación que suponía la conversión a Jesucristo era tan radical y contra-corriente que daba arrestos para mantenerse fiel hasta el momento de la consumación. **"El pecado no tendrá dominio sobre ustedes, porque ya no están en régimen de Ley, sino en régimen de gracia"** (Rom. 6.14) **"Quien ha nacido de Dios y lo vive no comete pecado, porque lleva dentro la semilla de Dios; es más, como ha nacido de Dios y lo vive, le resulta imposible pecar"** (1 Juan 3.9).

Esta constatación se recubre a veces de

misma práctica de bautizar (Jn. 3.22-23; 4.1), pero abandonó pronto este símbolo para dedicarse directamente a la proclamación de la llegada de los tiempos mesiánicos.

Cuando en una ocasión dijo a uno de los que se le acercaban: **"Hijo, se te perdonan los pecados"**, unos letrados que andaban por allí pensaron **"¡Este habla así blasfemando! ¿Quién puede perdonar pecados más que Dios sólo?"** (Marcos 2.7).

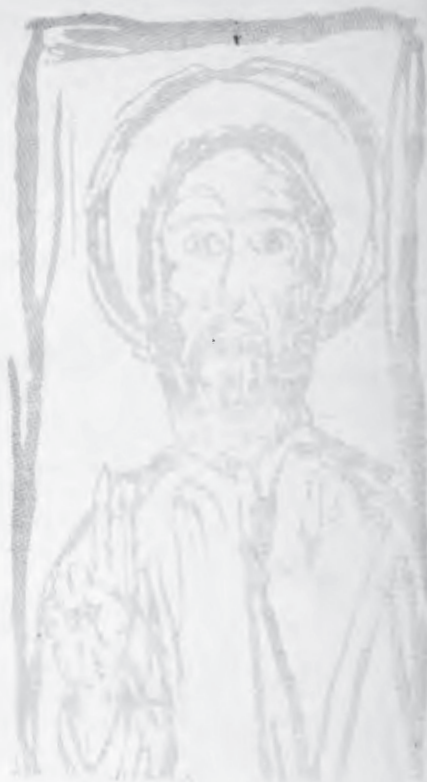
Este fue uno de los motivos de discusión en torno a Jesús. Pero los cristianos creemos que él era el verdadero Mesías, y que podía anunciar por tanto la remisión definitiva de los pecados. Más aún; después de la resurrección, y tras un proceso largo y complejo que se ha tratado de explicar en otra parte (**"Jesús de Nazareth"**, Curso Latinoamericano de Cristianismo No. 11 pp. 23 ss.) la comunidad cristiana culminó su proceso de reflexión sobre lo que había sucedido confesando la divinidad de Jesucristo. La objeción de los letrados quedaba entonces reseñada como un ejemplo irónico de su incompreensión.

amenazas veladas, lo cual hace asomar ya la sospecha de que las cosas pueden no ser tan bellas como se imaginan: "Si después de haber escapado de los miasmas del mundo, gracias al conocimiento de Nuestro Señor y Salvador, Jesús el Mesías, otra vez se dejan enredar y vencer por ellos, el final les resulta peor que el principio. Más les habría valido no conocer el camino de la rectitud que, después de conocerlo, volverse atrás del mandamiento santo que les transmitieron. Les ha sucedido lo de aquel proverbio tan acertado: 'El perro vuelve a su propio vómito' y 'puerca lavada se revuelca en el fango' ". (2 Pedro 2.20-22).

Una situación así no podía durar y no duró. El regreso de Jesús se prolongó más de lo esperado hasta convertirse en motivo de burla para los incrédulos (2 Pedro 3.3). Los buenos propósitos de los cristianos comenzaron a enfriarse y muchos de ellos comprobaron con consternación que seguían siendo tan frágiles como antes. Los líderes trataron de salir al paso al sentimiento de angustia que esta situación podía desencadenar, sin cesar por eso de insistir en la necesidad de conservarse fiel: "Hijos míos, les escribo para que no pequen; pero en caso de que uno peque, tenemos un defensor ante el Padre, Jesús, el Mesías justo, que expía nuestros pecados" (1 Juan 2.1).

Comenzaron entonces a ser elaboradas listas de los pecados que excluyen del Reino. "No se llamen a engaño: los inmorales, idólatras, adúlteros, invertidos, sodomitas, ladrones, codiciosos, borrachos, difamadores o estafadores no heredarán el Reino de Dios" (1 Cor 6.9-10; una lista semejante en Gálatas 5.19-21).

Comenzaron igualmente a ser recomendados remedios para obtener el perdón de las faltas cotidianas. Algunos de éstos aparecen ya sugeridos por Jesús durante su vida. Entre ellos estarían el pedirse mutuamente perdón ("confiénsense los pecados unos a otros" Sant. 5.16); el orar a Dios para pedirle fuerza ("perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos



ofenden; no nos dejes caer en tentación, y líbranos del mal" Mt. 6. 12-13), y el preocuparse por la conversión de los demás ("quién endereza a un pecador de su extravío se salvará él mismo de la muerte y sepultará un sinnúmero de pecados" Sant 5.20).

Dentro de la disciplina primitiva ocupa un lugar privilegiado la práctica de la corrección fraterna que según el evangelista Mateo se remonta a una regulación del mismo Jesús (Mt 18.15-18). Aunque podía y debía ser ejercitada por cualquier cristiano, era éste un oficio especialmente encargado a los supervisores de la comunidad ("A los que pequen repréndelos públicamente, para que los demás escarmienten" 1 Tim 5.20).

El último paso dentro de este proceso consistía en excluir al pecador de la comunión con los demás miembros del grupo ('excomunió'n'). El excomulgado no podía participar de la eucaristía ni de ningún otro tipo

de reunión cristiana. Hasta se recomendaba a los demás que no lo tratasen en la vida ordinaria para no ser arrastrados por su ejemplo y para empujarle a que se avergonzara de su falta. Pablo ordenó a los cristianos de Corinto tomar esta medida contra uno que vivía públicamente con su madrastra (1 Cor 5).

Por eso pronto se clasificaron los pecados en dos grandes grupos. Unos podían ser excusados y perdonados dentro de la comunidad. Otros excluían del Reino, y de la comunidad cristiana que lo prefiguraba. **"Toda injusticia es pecado, pero hay pecados que no acarrear la muerte"** (1 Jn 5.16). Los pecados 'mortales' no se perdonan; **"porque si, después de haber recibido el co-**

nocimiento de la verdad, nos obstinamos en el pecado, ya no quedan sacrificios por los pecados, queda sólo la perspectiva pavorosa de un juicio y el furor de un fuego dispuesto a devorar a los enemigos... Es horrendo caer en manos del Dios vivo" (Heb 10.26-31).

De todas formas, es posible que no todas las comunidades locales tuvieran las mismas prácticas o que no hubiera acuerdos definitivos sobre cuáles eran los pecados que no se podían perdonar. Pablo mismo pidió en una ocasión que se readmitiera a uno a quien la comunidad había rechazado: **"más vale que lo perdonen y animen, no sea que el excesivo pesar se lo lleve"** (2 Cor 5.7).

Segundo perdón

Quizás estos casos de exclusión de la comunidad y readmisión en ella indican que ya desde los primeros tiempos había una especie de proceso judicial comunitario para algunos pecados, muy semejante al que un par de siglos más tarde se iba a hacer general en la práctica de la Iglesia de Roma. Sin embargo, todavía en este tiempo las maneras más comunes de manifestar el arrepentimiento eran la oración, el ayuno, la limosna, las obras de caridad, y una confesión genérica relacionada con la Eucaristía, que más tarde dio paso a nuestra liturgia penitencial del comienzo de la Misa. **"En la asamblea confesarás tus pecados, y no te acercarás a la oración con mala conciencia... En el día del Señor reúnanse y rompan el pan y hagan la eucaristía, después de haber confesado sus pecados a fin de que su sacrificio sea puro"** (Didajé caps. 4 y 14). Probablemente esta costumbre tenía en cuenta la recomendación de Jesús de no ofrecer un sacrificio sin antes haberse reconciliado con el hermano (Mt 5.23-24).

Pero esta práctica no eliminaba la conciencia de que en la Iglesia no se concedía más que un gran perdón general que se recibía en el bautismo. En este tiempo no existía otro sacramento de la reconciliación.

El primer testimonio de que esta práctica rigorista comenzaba a quebrarse parece ser un oscuro texto escrito en la primera mitad del siglo II. En él un vidente afirma que va a darse la posibilidad de un segundo perdón para los que han pecado gravemente después del bautismo. Pero éste va a tener lugar un solo día, y no se va a volver a repetir. Se trata de algo así como de una amnistía, un indulto general, un comenzar otra vez de cero. **"Si después de fijado este día todavía cometen pecado no tendrán salvación, ya que la**

penitencia para los justos tiene un límite. Los días de penitencia están cumplidos para todos los santos, mientras que para los gentiles hay penitencia hasta el último día" (Pastor de Hermas, Visión 2).

Esta disciplina tan estricta terminó por hacerse inaguantable. Muchos comenzaban a pensar que habría sido mejor no bautizarse para no malgastar demasiado pronto la única ocasión que la persona tenía de quedar totalmente limpia. Por eso, hacia el s. III, la Iglesia comenzó a estructurar un ritual en

el que se concedía un lugar a una liturgia penitencial sumamente rigurosa, pero al menos posible. Esta se aplicaba sólo en casos extremos y como último recurso. Escuchemos un texto de Orígenes, el teólogo más importante del Oriente.

"Los que dan oído a las enseñanzas de la Iglesia dirán tal vez: las cosas marchaban mejor para los antiguos (judíos) que para nosotros, puesto que por los sacrificios ofrecidos según los diversos ritos se otorgaba el perdón a los pecadores, mientras que para nosotros hay solamente un perdón de los pecados, otorgado al comienzo por la gracia del bautismo. Tras esto, ninguna misericordia, ningún perdón es otorgado al pecador. Es verdad: conviene que la regla del cristiano, por quien Cristo murió, sea más estricta: para aquéllos eran degollados bueyes y ovejas, pero por ti el Hijo de Dios ha sido llevado a la muerte y todavía te complaces en el pecado. Con todo, para que tu esfuerzo en pos de la virtud no tenga menos estímulo, para que no te precipites en la desesperación... escucha ahora cuántas son las remisiones de los pecados que se contienen en el Evangelio".

"En primer lugar está aquélla por la que somos bautizados para la remisión de los pecados. La segunda remisión está en sufrir el martirio. La tercera se obtiene mediante la limosna, pues el Señor dijo: 'Den lo que tengan y todo será puro para ustedes' (Lc 11.41). La cuarta se obtiene precisamente cuando perdonamos las ofensas de nuestros hermanos. La quinta cuando uno rescata de su error a un pecador, pues la Escritura dice: 'Aquél que recobra a un pecador de su error salva su alma de la muerte y cubre la multitud de los pecados' (Sant. 5.20). La sexta se cumple por la abundancia de la caridad según la palabra del Señor: 'Sus pecados le son perdonados, porque ha amado mucho' (Lc 7.47). Hay todavía una séptima, áspera y penosa, que se cumple por la penitencia, cuando el pecador baña su lecho con lágrimas y no tiene vergüenza en confesar su pecado al sacerdote del Señor, pidiéndole curación" (Homilías sobre el Levítico, 11.4).





Esta modalidad que ya entonces era descrita como "áspera y penosa" constituye lo que más tarde sería reconocido como un nuevo sacramento: el de la Penitencia.

Cuando el Concilio de Trento (s. XVI) señala que las palabras de Jesús el día de su resurrección ("**Reciban el Espíritu Santo: a quienes les perdonen los pecados les quedarán perdonados y a quienes no se los perdonen les quedarán sin perdonar**" Jn 20.22) suponen la institución del sacramento de la Penitencia, no quiere decir que ya desde el primer momento los apóstoles fueron conscientes de ello. Probablemente entendieron este poder como aplicado a la administración del bautismo. Sin embargo, cuando con el paso del tiempo la Iglesia vio la necesidad de suavizar su disciplina y organizó un segundo sacramento del perdón, no tuvo conciencia de ser infiel al evangelio. Más bien encontró en esas palabras de Jesús una indicación de que ella tenía poder para adaptar a las diversas circunstancias la manera de otorgar el perdón y la reconciliación como señales del Reino. En este sentido se puede decir que Jesús fundó el sacramento de la Penitencia o, con una expresión todavía más exacta, que el sacramento de la Penitencia se funda en Jesús.

No creamos sin embargo que el nacimiento de este nuevo rito fue aceptado sin problemas. Su aparición supone una de las experiencias más traumatizantes de la Iglesia primitiva, originó polémicas ásperas y apasionadas, y culminó más de una vez en cismas de quienes no querían aceptar a una Iglesia que había perdido su pureza original.

La primera de estas grandes crisis tuvo lugar en el s. II cuando un tal Montano, apoyado en supuestas revelaciones del Espíritu, organizó a su alrededor una secta de seguidores ("montanistas") que criticaban fuertemente a la Iglesia por su decadencia y relajación. Insistían especialmente en la pureza sexual, y parece que en un primer momento negaron hasta la posibilidad del matrimonio, aunque más tarde se limitaron a condenar las segundas nupcias. Da una idea del atracti-

vo que tales doctrinas tenían entre los primeros cristianos, imbuídos de platonismo, el hecho de que arrastraran al mejor teólogo occidental de aquella época (Tertuliano). Este escribió entonces un tratado **'Sobre el pudor'** cuyo mismo título da idea de su tendencia dominante: **"Ese sumo pontífice, ese obispo de obispos promulga ahora un edicto: 'Yo absuelvo los pecados de adulterio y de fornicación a todos los que hayan hecho penitencia' ¿Dónde habrá de publicarse tan gran liberalidad? sobre las puertas de los prostibulos, supongo yo. Pero no. Este edicto es leído en las iglesias, es pronunciado en la Iglesia, en la Iglesia que es virgen"** (cap. 1). Esta secta perduró en pequeños grupos durante muchos siglos.

La cuestión de los apóstatas supuso un problema más generalizado y permanente. Durante gran parte del siglo III las Iglesias de Africa mantuvieron una agria polémica con la Iglesia de Roma y su Obispo, por lo que ellos consideraban una política excesivamente laxa respecto a los que habían renegado de su fe.

Para comprender estas reacciones rigurosas debemos recordar que durante los primeros siglos se desataron con frecuencia persecuciones despiadadas contra los cristianos: en ellas murieron muchos, y otros muchos fueron desterrados, condenados a trabajos forzados, y marcados de por vida por las señales de la tortura. En cambio otros, por miedo, apostataban esperando que la persecución amainara. Una vez pasado el peligro muchos de ellos regresaban arrepentidos, pidiendo que los volvieran a admitir entre los

cristianos.

El líder de la práctica más severa dentro de la Iglesia fue San Cipriano, Obispo de Cartago (actual Túnez): **"Nadie se deje sorprender. Solamente el Señor puede perdonar los pecados que se han cometido contra él mismo. El hombre no puede ser superior a Dios, ni el servidor puede remitir o perdonar con su indulgencia los delitos graves cometidos contra su Señor"**. (Sobre los apóstatas, 17). Sin embargo, otros textos muestran que su oposición principal iba contra la concesión de un perdón precipitado, que no fuera precedido por una penitencia larga y onerosa. Cuando por aquellos días un sacerdote de Roma llamado Novaciano se separó del Papa Cornelio porque éste permitía un segundo perdón después del bautismo, Cipriano escribió a diferentes iglesias para que apoyaran a Cornelio. Pero su práctica penitencial siguió siendo más estricta que la de Roma.

En todo caso podemos afirmar que para comienzos del siglo IV la mayor parte de las iglesias del centro (las de la cuenca del Mediterráneo) tenían establecido un tipo de liturgia penitencial que, aunque variara de un lugar a otro en algunos detalles, mantenía un esquema muy semejante en todas partes.

Lo que por entonces estaba igualmente claro es que este perdón no se concedía más que una vez en la vida, y por lo tanto era el último. Además suponía una medida excepcional. La mayor parte de los cristianos vivían y morían sin haber sido nunca sometidos a la disciplina penitencial.

Penitencia pública

Vamos a describir a continuación las modalidades principales del sacramento de la penitencia, tal como se dio en la Iglesia Romana y en las más directamente influidas por ella. Esta forma de celebrar la penitencia se extendió desde el s. IV hasta el s. VII.



A. PECADOS SOMETIDOS A PENITENCIA

No todo pecado tenía que pasar por el proceso que vamos a describir. No olvidemos que la penitencia pública era un último recurso que sólo se utilizaba en casos de extraordinaria gravedad.

Hay un texto bíblico que parece haber influido decisivamente en la calificación de los pecados más detestables. En los Hechos de los Apóstoles se nos habla de una reunión tenida en Jerusalén (allá por el año 50) para ponerse de acuerdo sobre las obligaciones que había que imponer a los no judíos que se convertían al cristianismo. Después de una discusión encendida impusieron su parecer quienes pensaban que no había que recargar a los convertidos con costumbres de otras culturas. **"Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros, no imponerles más cargas que las indispensables: abstenerse de carne sacrificada a los ídolos, de sangre, de anima-**

les estrangulados y de uniones ilegales" (Hechos 15.28-29). Traducidas estas prescripciones a las condiciones del s. IV se juzgó que los tres grandes pecados eran la apostasía, el homicidio y el adulterio.

Con el paso del tiempo la casuística se fue afinando y se añadieron nuevos delitos a los ya mencionados. Pero éstos giraban siempre en torno a la tríada original. Así se podía considerar como apostasía el sacrilegio o la magia; se acercaban al homicidio contra las personas el asistir a espectáculos cruentos, el falso testimonio y el robo; se asemejaban al adulterio el concubinato o la fornicación.

De todas formas, ninguna Iglesia tenía listas cerradas y definitivas sobre los pecados sometidos a la penitencia, ni sobre los considerados graves pero que podían ser perdonados por otros medios. Era el Obispo, y en delegación suya el sacerdote, quien juzgaba en cada caso qué medidas había que tomar. Cuando el pecador estaba en duda, confesaba su pecado al sacerdote para que éste decidiera. En casos de pecados públicos y escandalosos, era la misma Iglesia la que imponía la penitencia, aun cuando la persona afectada no confesara su pecado ni mostrase arrepentimiento. Es conocido el caso de San Ambrosio, Arzobispo de Milán, que excomulgó al Emperador Teodosio porque había masacrado a los habitantes de Tesalónica como represalia por la muerte de un oficial del ejército.

De hecho la excomunión ha sido utilizada a lo largo de la historia con ramificaciones políticas no exentas de ambigüedad. Cuando se aplicaba a una autoridad civil tenía consecuencias tan destructivas que podía subvertir el orden establecido. El excomulgado perdía toda autoridad y los súbditos no tenían obligación de obedecer en tales casos. Es comprensible que un arma tan poderosa fuera más de una vez utilizada por jerarquías inescrupulosas en beneficio propio. Hasta el s. XVI más de una guerra o disputa de sucesión al trono fue zanjada consiguiendo para una de las partes una excomunión

Papal.

Pero estas medidas extremas reflejan muy inadecuadamente la situación del tiempo que estamos considerando. No hay que creer que a los pecados no sometidos a penitencia no se les daba ninguna importancia. Muy por el contrario, los sermones de entonces están llenos de amonestaciones a una vida más cristiana. Allí se nos ofrece un interesante cuadro de la época, y se nos da una idea de que las costumbres del cristiano medio dejaban mucho que desear. Percibimos además hacia dónde se van inclinando las insistencias de los moralistas.

San Cesáreo de Arles (Francia), por ejemplo, describe en uno de sus sermones cuáles son los buenos cristianos y cuáles no (Sermón 16): "No basta que hayamos recibido el nombre de cristianos si no hacemos obras de cristianos. Aprovecha el nombre de cristiano al que ama la castidad, huye de la borrachera, detesta la soberbia, rechaza la envidia como a veneno del diablo. Es verdaderamente cristiano el que no roba, el que no dice falso testimonio, el que no miente ni perjura, el que no comete adulterio, el que viene frecuentemente a la iglesia, el que no pueba sus frutos sin haber ofrecido antes algunos de ellos a Dios, el que da cada año los diezmos para que sean distribuidos a los pobres, el que trata con honor a sus sacerdotes, el que ama a todos los hombres como a sí mismo, el que no odia a nadie. Quien teme como a la espada del diablo los pesos falsos y las medidas truncadas no sólo es cristiano, sino que Cristo en persona habita en él".

En otra parte (sermón 1) se critica también la gula, los espectáculos licenciosos, las pociones que toman las mujeres para no concebir o para abortar, el rendir culto a los árboles, observar los augurios y dirigirse a los brujos, el no guardar castidad total por varios días antes de acercarse a comulgar en las grandes solemnidades.

B. IMPOSICION DE LA PENITENCIA

Volviendo a los pecados considerados

más graves y escandalosos, que eran los propiamente sometidos a penitencia, el proceso comenzaba por una confesión que por lo general se hacía en privado. En algunos casos ni siquiera era necesario hacerla en público porque todo el mundo sabía de qué se trataba. El solo hecho de que el penitente apareciera entre los penitentes —con las señales externas que más tarde describiremos— era muestra suficiente de su arrepentimiento. Otras veces se hacía en público una confesión genérica con lo que se inauguraba oficialmente y ante todos el tiempo penitencial.

En estos primeros tiempos el administrador ordinario de este sacramento era el Obispo. Al haber pocos penitentes, y al cumplir todos con las mismas ceremonias rituales a lo largo de las diversas festividades del año litúrgico, una persona era más que suficiente para entenderse con todos los penitentes de una diócesis. Como además la penitencia y reconciliación incluían una excomunión y readmisión, sólo el Obispo, como representante último de la iglesia local, podía tomar estas decisiones extremas. Los sacerdotes ayudaban en detalles secundarios de la celebración.

Dentro del orden de los penitentes había también diversos grados. Conocemos al menos cuatro diferentes: a) los "implorantes" se mantenían durante los actos litúrgicos de la comunidad fuera de la iglesia, pidiendo que se rogara por ellos; b) los "oyentes" se quedaban en la parte de atrás y asistían a la liturgia de la palabra, pero eran despedidos al comenzar la celebración eucarística propiamente dicha; c) los "postrados" asistían a la Misa, por supuesto que sin comulgar, pero tenían que estar todo el tiempo de rodillas o postrados; d) los "consistentes" podían estar parados durante la celebración pero no participaban en la comunión, ni tampoco en la procesión del ofertorio.

Algunas veces estos cuatro grados eran etapas sucesivas de un mismo proceso; otras veces un penitente estaba desde el principio hasta el final en uno de esos grados.



C. EJERCICIOS PENITENCIALES

Las penitencias en este tiempo eran terriblemente duras. Esa fue la razón principal de que esta práctica entrara en una crisis de la que no logró salir.

Podríamos dividir a éstas en tres grupos que abarquen las obligaciones personales, sociales y eclesiales.

i) **Personales.** Los penitentes llevaban un hábito especial y tenían el cabello tonsurado, se cubrían de saco y ceniza, utilizaban cilicios, se ejercitaban en el ayuno y la limosna, debían renunciar al cuidado de su cuerpo y demostrar un rostro triste y compungido.

ii) **Sociales.** Rechazaban invitaciones a fiestas y banquetes. Ya no podían dedicarse a los negocios, el comercio ni la milicia. Debían renunciar también a las relaciones matrimoniales. Algunas de estas prohibiciones se mantenían de por vida, incluso después de haber recibido la absolución y haber sido readmitidos en la Iglesia.

iii) **Eclesiales.** Además de la excomunión, o más bien como consecuencia de ella,

los cristianos estaban obligados a apartarse del penitente y romper sus relaciones con él. Con esto se tomaba a la letra una recomendación de Pablo a los cristianos de Corinto: "Les dije que no se juntaran con uno que se llama cristiano y es libertino, codicioso, idólatra, difamador, borracho o estafador: con uno así ni sentarse a la misma mesa" (1 Cor 5.11). Tampoco se podían ya recibir las órdenes sagradas.

D. TIEMPO Y DURACION

Aunque la reconciliación del penitente se podía efectuar en cualquier época del año, el Viernes Santo era el día reservado en la liturgia para una larga ceremonia penitencial que incluía diversos actos y culminaba con la recepción de la comunión en los oficios de la tarde. A esta ceremonia tenían que asistir todos los cristianos, y la ocasión era aprovechada para celebrar una impresionante liturgia en la que toda la Iglesia —y no sólo los penitentes públicos— se arrepentía de sus culpas y pedía perdón por sus pecados. En este sentido se puede afirmar que ya desde los primeros siglos todo cristiano recibía la absolución general una vez al año.

Toda la cuaresma era una época de preparación intensa para este acto de reconciliación. En este tiempo los cristianos intensificaban la oración y la penitencia, implorando el perdón de Dios para toda la Iglesia. Todavía la liturgia actual conserva muchos rasgos de estas prácticas en sus lecturas y oraciones cuaresmales.

Pero el que cada año hubiera una solemne reconciliación de los pecadores no significa que la penitencia pública durase solamente un año. Tampoco sobre este punto tenemos datos precisos, pero algunas alusiones pasajeras nos hacen pensar en penitencias de muchos años. Orígenes habla de un período de prueba mayor que el del catecumenado, que en su tiempo duraba tres años. Basilio el Grande establece un tiempo penitencial de veinte años para los casos de homicidio. Hay

indicios de que algunos pecados no se perdaban más que en el lecho de muerte y otros ni siquiera entonces. Había, pues, casos de expulsión definitiva de la Iglesia. Si los historiadores han interpretado bien los cánones de los diversos concilios regionales de aquel tiempo, estas faltas gravísimas incluían una pintoresca variedad de situaciones tales como **"atentar contra la descendencia del rey"** (Concilio XIII de Toledo, canon 4), **"emplear conscientemente los vasos sagrados en otros usos"** (Concilio III de Braga, canon 2), o **"faltar a la Iglesia las tres semanas que preceden a la Epifanía"** (Concilio I de Zaragoza, canon 4).

E. CASOS ESPECIALES

Diversas circunstancias hacían que no siempre se exigiera a todos los pecadores públicos seguir el proceso normal de la penitencia eclesiástica. En algunos casos especiales esto no era posible o no se consideraba recomendable. Existía entonces la costumbre aislada de sustituir la penitencia pública por otras acciones igualmente significativas.

En el caso de los **enfermos** en peligro de muerte, por ejemplo, era inútil exigir una penitencia que ya no se podía realizar. Pare-



ce que hasta el s. IV se negaba la comunión final a quienes en esas circunstancias confesaban haber cometido alguna vez un pecado de los sujetos a penitencia. Más tarde, el primer concilio ecuménico celebrado en Nicea (actual Turquía) el año 325 dulcificó esta medida. Se les podía dar la comunión como viático; pero si después se recuperaban de su enfermedad debían ingresar al orden de los penitentes (canon 13).

Tampoco los **clérigos** ni los **monjes** participaban de la disciplina común de los demás fieles, aunque sí pasaban por un proceso semejante regulado por sus propios superiores eclesiásticos. Por lo general los clérigos eran reclusos en un monasterio. Además sufrían diversas penas que podían incluir la suspensión en la celebración de los sacramentos, la excomunión, deposición de cargo y oficio, privación de estipendio, prohibición de acceder a un cargo superior, reducción definitiva al estado laical, destierro. De modo semejante los monjes podían ser castigados con la reclusión en la celda, amonestación pública, prohibición de participar en el culto, flagelación, encarcelamiento, expulsión del monasterio.

Los laicos lograban también evitar el proceso normal de penitencia pública si ellos mismos decidían por su cuenta entrar en el estado de los **conversos**, una especie de ermitaños que vivían aislados, vestidos de hábito, y dedicados a la oración y penitencia. Algu-





nos de éstos se adherían a algún monasterio sin formar parte de la comunidad religiosa ni

estar obligados por sus reglas.

Por fin no faltaban quienes decidían entrar temporalmente entre los conversos o incluso asimilarse al orden de los penitentes, sin haber cometido ningún pecado que los impulsara a ello. Eran estos los penitentes **por devoción**, que no estaban obligados a seguir estrictamente ninguna de las condiciones impuestas a los demás.

En algunas iglesias existía también la categoría de **amonestados** en la que se incluía a los fieles que habían sido reprendidos públicamente, sin haber sido forzados por ello a cargar con las obligaciones que una penitencia pública imponía.

Crisis y decadencia

Dos circunstancias hicieron naufragar una modalidad de reconciliación que, aunque floreciente algún tiempo, no podía mantenerse indefinidamente.

Una de las razones del fracaso fue la imposibilidad de recibir dos veces la absolución. ¿Para qué malgastar entonces la única posibilidad que tenía uno en la vida de ser perdonado? Era más sensato y responsable posponer la oportunidad hasta donde fuera posible. No faltaban quienes corrían el riesgo de retrasarla hasta el lecho de muerte.

Con esto se salía al encuentro de la segunda dificultad. Las penitencias eran excesivas. Quien las practicaba sufría una humillación que lo marcaba para el resto de su vida. Además muchas de las obligaciones impuestas, que podían permanecer vigentes después de la absolución, truncaban para siempre las aspiraciones futuras del penitente. Una serie de relaciones sociales y de posibilidades profesionales nunca más volverían a ser como antes.

Ya hacia mediados del s. V el Papa León Magno exhortaba a los fieles a no retrasar excesivamente la penitencia **"no sea que dilate de día en día convertirse a Dios y escoja las estrecheces de aquel tiempo, en que apenas quepa ni la confesión del penitente ni la reconciliación del sacerdote"** (Denzinger — Schönmetzer n.310).

Pero muchas veces eran los mismos Obispos quienes recomendaban no someter a la penitencia a personas demasiado jóvenes. Sobre todo cuando se trataba de personas casadas, la prohibición de las relaciones maritales era demasiado exigente. Por otra parte, quienes una vez sometidos a la peni-



tencia la abandonaban antes de concluirla, eran excomulgados para siempre. ¿No era entonces más sensato no sobrecargar las conciencias?

Ese era el parecer de San Ambrosio (s.V) que recomienda "que se haga la penitencia cuando se haya calmado el hervor de la lujuria" (De Poenitentia II, 11). Y San Cesáreo de Arles (s. VI) repetía lo mismo con más amplitud: "No decimos que las personas que todavía son jóvenes y están unidas en matrimonio tengan que cambiar de vestido; decimos más bien que tienen que cambiar de vida. Pues ¿qué daño podrá recibir un hombre casado si corrige su manera de vivir disoluta y lleva una vida digna y honesta, si procura corregir las heridas causadas por sus pe-

cados haciendo limosna, ayunando y rezando? Una conversión sincera, aun sin cambiar de vestido, ya es bastante: los vestidos del penitente por sí mismos no sólo no constituyen un remedio, sino que provocarán el justo juicio de Dios" (Sermón 56-4). También varios concilios regionales de ese tiempo se declararon en el mismo sentido. El concilio de Orleans (Francia) del año 538 (canon 27) exigía además, para que alguien pudiera entrar en el orden de los penitentes, el consentimiento del cónyuge.

Todo esto hizo que ya para fines del s. VI la situación se hiciera insoportable. Los fieles se confesaban cada vez menos y los mismos pastores favorecían directamente este abandono. ¿Qué se podía hacer?

Nacimiento de la penitencia privada

La Iglesia Romana tuvo entonces que ponerse a aprender de las prácticas de otras iglesias marginales, que hasta entonces no habían sido objeto de ninguna atención y por lo tanto habían podido alimentar prácticas alternativas sin entrar en conflicto con las regulaciones de la iglesia central.

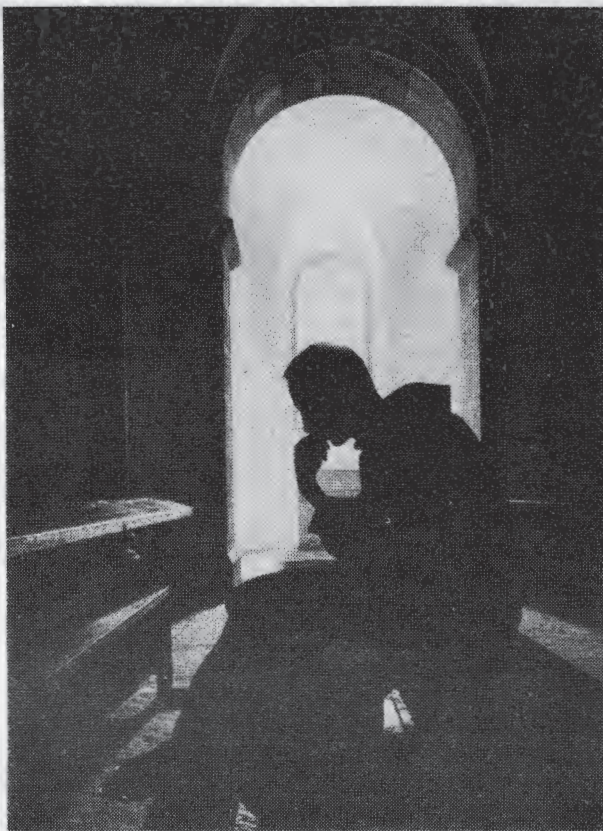
Generalmente se ha concedido un papel decisivo a la práctica de las iglesias celtas y anglo-sajonas, florecientes sobre todo en Irlanda. Allí nunca se practicó el sistema de penitencia pública obligatorio en las iglesias mediterráneas. En cambio florecía en los monasterios un tipo de dirección espiritual en la que el monje confesaba sus pecados por devoción a uno de los sacerdotes designados para ello, y recibía unos consejos que le ayudaran a mejorar su vida, además de cumplir con una penitencia no muy difícil ni difamante, que contribuyera a satisfacer por el daño causado. Por supuesto, este tipo de confesión se repetía con frecuencia.

Con el tiempo esta práctica se extendió también a los laicos más piadosos que acudían a los monasterios para crecer en la vida cristiana, e imitaban dentro de las posibilidades de su estado algunas de las costumbres de los monjes.

También en el Oriente (Grecia, Turquía) existían desde antiguo prácticas semejantes. Pero las circunstancias hicieron que los monjes orientales permanecieran en sus países, mientras que los irlandeses se extendieron en una cruzada de renovación por el continente e introdujeron en él muchas de sus costumbres. Uno de los pioneros de esta penetración fue San Columbano, que fundó monasterios en Francia, Suiza e Italia.

En un principio la iglesia romana vio con desconfianza y alarma la innovación de estos extranjeros. Ya el Papa León Magno ordenó "que por todos los modos se destierre esa iniciativa contraria a la regla apostóli-

ca y que hace poco he sabido es práctica ilícita en algunos. Nos referimos a la penitencia que los fieles piden, que no se recite públicamente una lista con el género de los pecados de cada uno, sino que basta indicar las cul-



pas de las conciencias a sólo los sacerdotes por confesión secreta" (Denzinger — Schönmetzer n. 323).

Todavía un siglo más tarde el IV Concilio de Toledo llamaba a la confesión privada "forma reprobable" y "presunción execrable": "Como ha llegado a nuestro conocimiento que en algunas Iglesias de España los hombres hacen penitencia por sus pecados, no según los cánones, sino de una forma reprobable (literalmente repugnante, ignominiosa), de modo que cada vez que pecan le piden la reconciliación al sacerdote, a fin de acabar con esta presunción tan execrable, este santo concilio establece que la penitencia se dé según la forma canónica de los antiguos" (canon 11).

Pero por fin la nueva costumbre venció.

La antigua disciplina penitencial ya no podía ser recuperada, y en el panorama disciplinar de aquel tiempo no había una forma de sustitución mejor que la penitencia secreta y privada, que había encontrado tanta aceptación entre los cristianos.

Ya a finales del s. VIII se encuentra una regulación de Crodegango, Obispo de Metz (Francia) que obliga a los canónigos y a los pobres sostenidos por fondos de la diócesis a confesarse dos veces al año. En la edición del año 900 de esta misma regla hay una añadidura que recomienda a los monjes confesarse todos los sábados.

Al extenderse con la nueva práctica el número de personas capaces de administrar el sacramento, era mucho más difícil lograr una cierta uniformidad en la práctica de

los diversos lugares. Para no extremar las diferencias se compusieron algunos libros penitenciales. El estilo un tanto mercantilista de estos tratados ha hecho que se llame a la penitencia de este tiempo "arancelaria o tarifa-da".

Como muestra del tipo de penitencias impuestas en los primeros años de esta práctica podríamos transcribir algunos ejemplos sacados del Penitencial de San Columbano: "Si uno ha cometido efectivamente actos como el homicidio o la sodomía, haga un ayuno de diez años... Cuando un clérigo fornicar con una mujer, pero sin dejarla encinta —y cuando este pecado queda en secreto— hará ayuno por tres años si se trata de un clérigo (de órdenes menores), por cinco años si se trata de un monje o un diácono, por siete años si se trata de un sacerdote, por doce años si se trata de un Obispo". Aún entonces las prácticas variaban de acuerdo a los lugares. Otro penitencial del tiempo impone a los homicidas una penitencia diferente: "Ayunará por tres años a pan y agua, sin llevar armas y viviendo en el destierro; después de tres años, volverá a su patria y se pondrá al servicio de los parientes de la víctima, sustituyendo al que ha matado".

Esto indica que la penitencia privada había resuelto en un principio sólo una de las dificultades que se tenían contra la penitencia pública: la reiterabilidad o posibilidad de recibir varias veces el perdón. Pero las penitencias seguían siendo bastante onerosas.

También esta segunda dificultad fue superada cuando poco a poco los libros penitenciales incluyeron unos catálogos de conmutaciones de dudosa justicia pero de innegable sentido práctico. La concepción que fundamentaba este cambio era la de que algunos ejercicios como la oración tenían un poder mayor que las simples prácticas penitenciales, sobre todo cuando estas oraciones se recitaban en algún lugar especialmente consagrado. Se habló también por entonces del "tesoro de la Iglesia". Algunas personas buenas habrían hecho durante su vida más obras de satisfacción que las que necesitaban

por su culpas. Este "superavit" no caía en el vacío, sino que quedaba para que la Iglesia lo pudiese aplicar por quienes estaban demasiado endeudados. Comenzó así la práctica de las indulgencias que pronto se convirtió, en manos de un clero poco escrupuloso, en un mercado en moneda de méritos y perdones.

Pero vayamos por pasos. Pongamos primero algunos ejemplos de "conmutación" no mercantilizada: "Conmutación de un ayuno de tres días: estar de pie un día y una noche sin dormir (o muy poco), o bien rezar 50 salmos con los cánticos correspondientes, o rezar el oficio de doce horas, con doce inclinaciones profundas a cada hora con las manos levantadas. Conmutación de un ayuno de un año: pasar tres días en una Iglesia, sin beber ni comer ni dormir, totalmente desnudo (!), sin sentarse; durante este tiempo el pecador cantará salmos con los cánticos y rezará el oficio coral" (cánones irlandeses del s. VI).

La mercantilización comienza cuando las penitencias se redimen con limosnas: "26 monedas de oro redimen 1 año de ayuno; 60 monedas de oro redimen 3 años de ayuno... 1 misa redime 7 días de ayuno; 10 misas redimen 4 meses de ayuno, 30 misas redimen un año de ayuno"... "por su propia cuenta ningún sacerdote puede celebrar más de 7 misas al día, pero a petición de los penitentes podrá celebrar cuantas sean necesarias, incluso más de 20 misas al día" (Penitencial Vin-dobonense).

La decadencia de la penitencia arancelaria llegó a su colmo cuando se comenzó a permitir que se pagara a otras personas para que hicieran la penitencia por uno: "El que no conozca los salmos y, por su debilidad, no pueda ayunar, ni velar, ni hacer genuflexiones, ni tener los brazos alzados, ni postrarse en tierra, que escoja a otro que cumpla la penitencia en su lugar y le pague para ello, ya que está escrito: 'Lleven unos el peso de los otros'. (Gálatas 6.2)... Si un penitente no puede rezar los salmos, escoja a un hombre justo que los rece por él y recompénsese

debidamente". Con esto se llegó a la práctica, sumamente significativa, de que los pobres para poder comer tenían que cargar con la penitencia impuesta a los pecados de los ricos. Por otra parte, los clérigos y monjes tababan como penitencia por otros los rezos a los que estaban obligados por la regla, y de esa manera engrosaban las arcas del monasterio.

Los concilios regionales protestaron contra los abusos en las conmutaciones, pero mantuvieron por algún tiempo su práctica. La penitencia arancelaria no cayó definitivamente en desuso hasta el s. XIII.

Sin embargo, la aparición de la penitencia privada no trajo consigo la desaparición inmediata de la penitencia pública. Aunque los documentos disponibles hasta ahora no permiten asegurar cuánto tiempo duró la doble disciplina, hay rasgos evidentes de que por algún tiempo coexistieron ambas prácticas. Más aún: todavía apareció un tercer tipo de penitencia llamada "pública no solemne" que consistía en un ceremonial por el que cualquier párroco despedía a un grupo de peregrinos a la puerta de la iglesia, y a veces les imponía los símbolos oficiales de su condición: hábito, saco de provisiones (talega), báculo de insignias (bordón). En estas peregrinaciones se mezclaban penitentes, devotos, turistas disfrazados, y hasta delincuentes. La literatura de aquel tiempo nos ha de-

jado abundantes testimonios de los pintorescos caracteres que allí se reunían. Los lugares de mayor atractivo internacional eran Jerusalén, Roma y Santiago de Compostela. En Inglaterra gozaba de un prestigio semejante Canterbury, donde estaba enterrado Thomas Becket.

Otra forma de penitencia pública no solemne la constituían las procesiones de flagelantes. También en esta caso hubo ocasiones en las que esta práctica favoreció un fanatismo e histeria colectiva que llegó a crear situaciones explosivas y revolucionarias. A finales del siglo XIV **"el Papa les acusó de robar y matar a los laicos con la misma fruición que a los clérigos y judíos.** En Francia, Felipe V prohibió la flagelación pública bajo pena de muerte. En Alemania algunas ciudades, como Erfut, cerraron sus puertas a las hordas flagelantes, y otras, como Aachen y Nurenberg, amenazaron de muerte a cualquier flagelante que encontraran dentro de sus murallas" (Norman COHN: En pos del milenio. Revolucionarios, milenaristas, y anarquistas místicos de la Edad Media — Barral, Barcelona, 1972, cap.7).

También quedan testimonios de absoluciones generales concedidas a los que partían a las cruzadas o emprendían otras hazañas en favor de la iglesia. Estas eran otorgadas por los obispos, y en algunos casos por el mismo Papa.

Hasta nuestros días

Desde el s. XIII hasta nuestros días la administración del sacramento de la penitencia apenas ha cambiado. Esta inamovilidad es en parte comprensible. La Iglesia tiende a valorar muy positivamente su propia tradición. Esto hace que cada nueva práctica o matización se conserve con esmero y sea muy difícil de eliminar. Conforme ha pasado el tiempo, las añadidas han sido cada vez mayores y las posibilidades de modificar algo cada vez más escasas.

Un punto clave en la historia de este sacramento lo constituye el IV Concilio Ecuménico celebrado en Letrán (residencia romana de los Papas en aquel tiempo) el 1215. Allí se ordena que **"todo fiel de uno u otro sexo, después que haya llegado a tener**

el uso de razón; confiese fielmente él solo por lo menos una vez al año todos sus pecados al propio sacerdote"; es decir, al propio párroco. Era una manera un tanto draconiana de asegurarse que todos cumplieran con la obligación impuesta. Denzinger-Schönmetzer

n.812). Esta regulación fue tan importante que todavía tres siglos más tarde, en tiempos del Concilio de Trento, había quienes decían que la **"confesión secreta sacramental era un invento humano y que tuvo su principio en los Padres congregados en el Concilio de Letrán"** (DS 1683). Los obispos reunidos en Trento rechazaron tal rumor como vana calumnia y afirmaron que era una práctica **"de que usó desde el principio la Santa Iglesia"**; proposición de veracidad más que discutible.

Pocos años después del IV Concilio de Letrán, Santo Tomás de Aquino escribió su **Summa Theologica** que recoge ya las principales ideas sobre el sacramento de la confesión tal como se han estudiado y mantenido oficialmente hasta nuestros días.

Sin embargo, dentro de la evolución de la penitencia sacramental, hay todavía un canon del Concilio de Trento que resulta de capital importancia en las discusiones actuales. En él se afirma que **"para la remisión de los pecados en el sacramento de la penitencia es necesario de derecho divino confesar todos y cada uno de los pecados mortales de que con debida y diligente premeditación se tenga memoria, aun los ocultos, y las circunstancias que cambian la especie del pecado"** (DS 1707).

Si esta afirmación se toma al pie de la letra, esto significaría que la forma actual de la confesión la ha instaurado Dios ("de derecho divino") y por lo tanto sólo él la podría cambiar. Sin embargo varios estudios recientes han dejado ver que el concepto de derecho divino incluía en aquel tiempo, según las actas del mismo concilio, **"los estatutos de la Iglesia y de los Concilios"** y que a este tipo de derecho se referían **"si se toma la confesión en cuanto a las circunstancias"** (Un tratamiento más completo de este asunto crucial en Ricardo FRANCO: **La confesión en el concilio de Trento; Selecciones de Teología** n.41, pp. 58-66).

Por otra parte el Concilio de Trento afirma también **"que son falsas y totalmente ajenas a la verdad del Evangelio todas aquellas doctrinas que perniciosamente extienden**

el ministerio de las llaves a otros que a los obispos y sacerdotes" (DS 1684). Aunque la andanada va dirigida al protestantismo naciente, al mismo tiempo se dio el golpe de gracia a la confesión con laicos, que todavía se practicaba hasta entonces en casos extremos. Santo Tomás de Aquino apoyará esta práctica en el hecho de que la confesión sea tan necesaria para salvarse (en caso de haber pecado mortalmente) como el bautismo. Y así como se permite que en caso de necesidad sea un laico el que administre el bautismo, lo mismo ocurre con la confesión (**Summa Theologica**, Suplemento q.8, a.2). Apenas unos años antes de Trento San Ignacio de Loyola nos cuenta que lo hizo antes de entrar en batalla: **"Venido el día que se esperaba la batalla, él se confesó con uno de aquellos sus compañeros en las armas"** (Autobiografía c.1, n.1). Todavía hoy los teólogos recordarán cómo, según Mateo 18.18, Jesús concedió el poder de atar y desatar indiscriminadamente a todos sus discípulos y seguidores.

Pero nunca se ha olvidado en la práctica de este sacramento que el ministro último del mismo es, desde los primeros tiempos, el Obispo. Este poder último de decisión se ha manifestado en los últimos siglos a través de dos mecanismos. En primer lugar, cada sacerdote necesita pedir permiso a su Obispo para poder confesar en su diócesis, excluyendo los casos extremos como el de peligro de muerte. La movilidad creciente de nuestros días ha obligado a tomar medidas que mitiguen esta regulación (permisos de un Obispo válidos en todo el país; amplitud mayor para los que están de paso o van de viaje). Pero el principio aún se mantiene. Además cada Obispo tiene derecho a reservarse algunos pecados de manera que ninguna otra persona los pueda absolver en su territorio. Esta medida se ha utilizado en raras ocasiones, cuando se ha querido llamar la atención sobre una lacra particularmente resaltante en la región. Sin embargo, el derecho canónico recomienda que no se abuse de ella (canon 897). En algunos casos es el Papa el que se reserva



la absolución de un pecado. Se necesita escribir a Roma y recibir desde allí la penitencia para poder ser absueltos. Suele ser el confesor quien se encarga de estos trámites si alguna vez se requieren. Pero no es nada fácil encontrarse en la vida diaria con este tipo de casos, ya que reflejan con frecuencia costumbres muy poco comunes en nuestros días. Para satisfacer la curiosidad del lector indicaré que según el canon 894 "el único pecado reservado a la Santa Sede por sí mismo es el de la falsa delación por la que un sacerdote inocente es acusado ante los jueces eclesiásticos del crimen de solicitación" es decir de haber requerido a alguna persona en el confesionario para tener después relaciones sexuales con ella. Por el momento los Obispos Venezolanos no se han reservado ningún pecado por sí mismo. El derecho canónico se-

ñala sin embargo una lista de pecados penada con excomunión reservada al Obispo o al Papa.

El Concilio Vaticano II se limitó a recomendar que se revisase el rito y las fórmulas de la penitencia. Esta recomendación fue asumida en la Ordenación que años más tarde publicó la Congregación para el Culto Divino (2-12-73). Esta Ordenación enriquece notablemente las posibilidades rituales de celebrar el sacramento, pero en lo fundamental se atiene a la costumbre anterior. El centro de cada celebración lo constituiría siempre una confesión según las regulaciones del Concilio de Trento.

La innovación mayor consiste en que en circunstancias especiales se permite "impartir la absolución general a varios penitentes a la vez, sin la previa confesión individual.... Esto acontece, por ejemplo cuando, por el número de penitentes no hay suficiente cantidad de confesores para oír convenientemente las confesiones dentro de un tiempo razonable y, así, los penitentes —sin culpa propia— se verían obligados a privarse por largo tiempo de la gracia del sacramento o de la sagrada comunión. Este caso se dará, sobre todo, en territorios de misión" (N.31).

Poco después se añade, sin embargo, que "quienes recibieron la absolución general de pecados graves deben acudir a la confesión auricular antes de recibir otra absolución general, a no ser que lo impida una justa causa. De todas maneras, deben acercarse al confesor en el curso del año, si no hay imposibilidad moral; porque también para ellos sigue vigente el precepto de que todo fiel cristiano debe confesar individualmente al sacerdote, al menos una vez al año, todos los pecados graves que todavía no hubiere confesado en particular" (n.34).

No faltan quienes ven en esta última regulación una incoherencia que confirmaría la crisis y el desconcierto en el que se halla la disciplina actual. Si la absolución general perdonó realmente ¿qué sentido tiene volverse a confesar? Si es necesario confesarse en privado para que los pecados sean perdo-

nados ¿qué significado tiene la absolución general? ¿Qué ocurre —según la mente de los redactores de la Ordenación— cuando quienes reciben una absolución general mueren antes de poderse confesar en privado? ¿Están perdonados o no? ¿O es que también para Dios hay perdones condicionales?

Son simplemente unas preguntas que indican las dificultades en las que se encuentra una Iglesia que se siente obligada por una

parte por los decretos de Trento, y por otra se encuentra urgida por casos concretos no previstos entonces.

En todo caso, las páginas anteriores nos habrán persuadido de que la práctica de la penitencia sacramental ha tenido en el pasado un proceso sumamente rico y variado. Nada nos permite suponer que este proceso se haya cerrado para siempre.

Resumiendo

La historia es pródiga en enseñanzas. Cada uno habrá sacado sus propias consecuencias del recorrido hecho. Señalo aquí algunas sin intentar agotarlas.

1. Los primeros cristianos percibieron como parte esencial del mensaje de Cristo su poder de perdonar. La Iglesia afirma que Jesús le ha concedido también a ella ese poder. Su misión consiste fundamentalmente en salvar; no en condenar.

2. La finalidad del ejercicio del perdón es fomentar la libertad, no la angustia. Las “penitencias” se imponen como medicina, y no como castigo. Acentúan además la necesidad de reparar el mal hecho a otros.

3. Desde los primeros años ha habido en torno al sacramento de la reconciliación una fuerte tensión entre rigorismo y apertura. A la larga se ha impuesto siempre la solución menos estricta.

4. La Iglesia ha cambiado numerosas veces los ritos de reconciliación, para adaptarlos a las nuevas circunstancias. Nada indica que en adelante no pueda seguir haciéndolo.

5. Los indicadores de las crisis han sido la práctica del pueblo fiel. Cuando ésta decaía, había que pensar en un cambio de disciplina. Al mismo tiempo, la salida de la gran crisis del s. VI se logró gracias a las prácticas de iglesias marginales que crearon modelos alternativos.

6. Durante muchos siglos la mayor parte de los cristianos murió sin haber recibido la absolución sacramental ni una sola vez. Se valoraban otras formas de manifestar el arrepentimiento y obtener el perdón. La disciplina que ahora practicamos se impuso en el s. XIII.

7. Cada vez que surgía una nueva práctica los sectores oficiales de la Iglesia negaban enfáticamente que se pudiera mudar la costumbre vigente. Pero luego llegaban hasta a imponer como obligatorio lo que algunos años antes se había condenado como pernicioso.

8. Cuando la legislación eclesial se desarrolla tan autónoma que no respeta la significatividad propia de los símbolos, el sistema sacramental cae en descrédito.

9. Durante más de quince siglos estuvo permitida en casos excepcionales la confesión con los laicos.

10. La situación actual —tal como la hemos descrito en las primeras páginas— presenta síntomas que permiten afirmar la existencia de una crisis tan grande como la que originó en el s. VI el paso de la penitencia pública a la privada.

Mirando hacia adelante

Decir que el sacramento de la reconciliación está en crisis no resulta difícil. Basta abrir los ojos. Lo difícil es proponer salidas o sugerir alternativas. En este momento del proceso las contribuciones sólo pueden ser balbucientes, fragmentarias y dispersas. La mayoría de ellas resultan insatisfactorias, entre otras razones porque las demandas del público son extraordinariamente heterogéneas.

En los últimos años se han escrito numerosos libros y artículos sobre este sacramento, que por lo general concluyen con algunas propuestas. Todas ellas parten de experiencias distintas y responden a sectores diferentes. Todas ellas aportan elementos para una solución y deberían ser tomadas en cuenta. Pero la respuesta definitiva la debe encontrar cada uno para sí mismo, con la ayuda de lo que hayan podido reflexionar los demás.

Por eso este folleto podría terminar aquí. La última parte sería tarea del lector. Si ofrezco ahora algunas reflexiones finales no lo hago con la conciencia de que éstas sean las únicas que se pueden sacar del recorrido anterior, ni de que tengan valor universal o satisfagan igualmente a todos. Apenas intentan ordenar algunas ideas de quien está en camino sin conocer siquiera claramente el hacia dónde. Queda el aliento de ver alrededor tan buenos compañeros de viaje.

A. DIVERSAS PASTORALES

Una posibilidad legítima frente a la actual situación sería considerar la crisis actual como pasajera y nociva para la persona. Se trataría de una crisis de valores que hay que contrarrestar. Se debería insistir en la exhortación frecuente a los cristianos para que vuelvan al camino que parecen haber abandonado.

Esta postura se vería hoy reforzada, al parecer, por las palabras y actitudes de Juan Pablo II. En su primera encíclica ("El Redentor del Hombre") afirma: "La Iglesia, al observar fielmente la praxis plurisecular del Sacramento de la Penitencia, defiende el derecho particular del alma... El Sacramento de la Penitencia es el medio para saciar al hombre con la justicia que proviene del mismo Redentor" (véase todo el n.20). También en la Carta a los Obispos sobre el Misterio y Culto de la Eucaristía (24-2-1980) se reafirma que "la práctica de la virtud de la penitencia y el sacramento de la penitencia son indispensables a fin de sostener en nosotros y profundizar continuamente el espíritu de veneración que el hombre debe a Dios mismo y su Amor tan admirablemente revelado" (n.7; véase también el n.11). El gesto

calculado de oír por unas horas las confesiones de un grupo de peregrinos en la Basílica de San Pedro —gesto que la prensa calificó como insólito en la historia del Papado— confirmaría el peso de las palabras anteriores.

La mayor parte de los escritos recientes sobre el tema, sin embargo, tratan de complementar lo anterior con la búsqueda de nuevas posibilidades rituales que expresen más ampliamente la dimensión comunitaria de este sacramento. Las propuestas más socorridas serían las celebraciones penitenciales en grupo, para las que el nuevo ritual ofrece incluso una amplia diversidad de modelos y esquemas.

Otra propuesta frecuente en esta línea consistiría en dar valor sacramental propiamente dicho —al menos en algunas circunstancias— a la absolución general con la que se abre la celebración de la Eucaristía.

B. DESDE EL RITO Y DESDE EL SIMBOLO

Todas estas propuestas tienen en común el buscar transformaciones desde el rito. Se busca mantenerlo, enriquecerlo o hasta transformarlo substancialmente; pero éste ocupa siempre el centro de la atención.

Es también posible, sin embargo, con-

siderar el mismo problema desde el otro extremo: desde el símbolo. Veamos la diferencia.

La primera forma de razonar dice: 'la reconciliación es una dimensión esencial del cristiano; no es posible por tanto permitir que se abandone; hay que urgir para que se recobre algo tan esencial, o hay que adaptar el ritual hasta que vuelva a florecer esta práctica'. La segunda en cambio pensaría así: 'la reconciliación es una dimensión esencial del cristiano; por tanto es imposible que haya sido abandonada por los cristianos comprometidos; si yo tengo esa impresión es culpa mía; sin duda no he sido capaz de descubrir la nueva simbología bajo la cual se está manifestando hoy esa dimensión'.

C. MOVILIDAD DE LOS SIMBOLOS

La teología sacramental, por su venerada tradición secular, corre el peligro de no tomar suficientemente en serio la movilidad de los símbolos. Los objetos, además de su valor material más o menos evidente, tienen a menudo un valor simbólico que puede incluso llegar a superar a su valor directo en el mercado. Basta que miremos a nuestro alrededor. A veces un detalle insignificante de la habitación en la que estamos nos evoca a personas o situaciones muy queridas. Para un desconocido ese detalle no tiene ningún valor; para nosotros en cambio es uno de los objetos más valiosos de nuestro entorno.

Cuando estos símbolos son colectivos, es muy posible que el significado de los mismos varíe con el paso del tiempo o con el cambio de escenario. Entonces será esencial cambiar a tiempo los símbolos para mantener intacto el contenido que se quiere transmitir. El pasar por alto un detalle tan importante puede llevar a conclusiones desconcertantes o disparatadas.

La historia de cada país es rica en estos detalles que a veces reflejan incluso un astuto oportunismo maquiavélico. En Venezuela, por ejemplo, se nos cuenta que cuando Cipriano Castro llegó a Tocuyito al frente de sus tropas de La Restauradora, dio la orden

de cambiar la bandera tricolor que traía desde el Táchira por la divisa amarilla de los liberales del Centro. Sus oficiales quedaron desconcertados porque hasta entonces se habían pasado el tiempo combatiendo a los caudillos liberales de los Andes y el Llano. Pero esta maniobra les conquistó la victoria. Quienes venían desde Caracas a hacerles frente entraron en conversaciones. El Gobierno de Andrade cayó solo, a pesar de que contaba con más gente y más armas. Castro había olfateado el descontento de los "centranos" y había sabido aprovecharlo. Supo cambiar a tiempo el símbolo (la bandera) sin cambiar por eso el objetivo (la toma de la capital).

Tampoco en la historia religiosa faltan ejemplos. Fijémonos ahora en un caso de pérdida del objetivo por aferrarse a un símbolo. Un teólogo brasileño, en un libro muy sugerente sobre la interpretación histórica actualizada de los símbolos bíblicos, cuenta el caso de **"aquellas religiosas que gastaron una fortuna para comprar alpargatas de cáñamo en el extranjero, porque 400 años antes la fundadora mandó que las hermanas sólo usasen alpargatas de cáñamo. Ella dio esta orden porque, en aquel tiempo, las alpargatas de cáñamo eran el calzado más barato que existía en el mercado. Para ser efectivamente fieles a la fundadora, las religiosas deberían prohibir el uso de las alpargatas de cáñamo y mandar que se comprasen sandalias populares de suela de caucho, fabricadas en Brasil, que están a la venta en cualquier bodega por poco dinero"** (Carlos MESTERS: *Por trás das palavras* — Vozes, Petropolis, 1977, p. 159).

Acercándonos más a nuestro terreno, también la historia de otros sacramentos ofrece muestras de esta fijación de unos símbolos que por sí mismos son inmensamente fluidos. Jesús celebró su última cena en Jerusalén pronunciando unas palabras alusivas a su próxima muerte sobre un pedazo de pan y una copa de vino, porque el pan de trigo y el vino de uva eran el alimento y la bebida más corrientes en su tierra. Si Jesús hubiese realizado este gesto en el Caribe, es difícil i-

maginar que habría utilizado los mismos elementos.

D. ¿QUIEN MANEJA LOS SIMBOLOS?

La desadaptación existente en el ritual de la reconciliación entre las ofertas oficiales de la Iglesia y la demanda concreta de amplios sectores cristianos —desadaptación que da por resultado el abandono de la práctica sacramental— puede ser consecuencia de que no se haya captado la movilidad de los símbolos, tal como acabamos de señalar.

Pero puede ser también resultado de una situación más compleja. Quienes tienen hoy poder en la Iglesia para modificar los símbolos podrían afirmar que para ellos, y para muchos otros cristianos, los símbolos tradicionales siguen conservando intacto su valor primitivo.

Sería entonces el momento de preguntarse quién maneja los símbolos y quién está al servicio de quién dentro de la estructura eclesial. Si en una casa el color de los muebles no le satisface al hijo más pequeño, nadie se preocupará en modificarlo. Si quien demuestra rechazo es el grupo de íntimos que con frecuencia comparte las veladas familiares, los dueños comenzarán a cuestionar su propio gusto. Si el que está disgustado es el mismo propietario, el tapizado no durará un mes.

Claro que el caso de la Iglesia es más complejo porque es una casa de muchas moradas. De ahí la necesidad del pluralismo, y lo poco recomendable de que se quiera imponer a todos los cristianos los mismos ritos y símbolos.

En todo caso, la seriedad o displicencia con que se reciben las propuestas de los fieles es un indicador de la estima que la I-

glesia tiene de sus bases. Cuando se ignoran sistemáticamente sus propuestas o se las responde reafirmando la postura previa, quiere decir que se toma muy poco en serio su capacidad de discernir. Puede ser que se les quiera, pero como se quiere a un niño. Sería la versión social de esas mamás que no se resignan a que sus hijos crezcan y los tratan siempre como si fuesen recién nacidos. Es bien conocido en Psicología el mecanismo que elaboran entonces los hijos para reafirmar la personalidad que se les niega.

No para evitar esos mecanismos de rechazo, sino por una fe positiva y auténtica en la intuición cristiana de las bases: más aún, por una convicción creciente de que en el pasado ha sido 'el sentido de los fieles' el vehículo más sólido de la fe de la Iglesia, y de que en el futuro es de la base de donde han de renacer las alternativas más ricas para una vida cristiana renovada; por la convicción, en fin, de que el evangelio concibe los ministerios eclesiales como puestos de servicio al creyente, vamos a adentrarnos un poco más en la práctica escondida de numerosos grupos cristianos comprometidos con su fe.

Se podrá quizás objetar que las experiencias de grupo aquí descritas son elitistas y minoritarias. Me limitaría a responder que son tan pequeñas y tan importantes como la levadura en la masa o la semilla que se hace arbusto donde los demás se cobijan (Mt 13.31-33).

Una Iglesia que no cuenta con este tipo de comunidades populares es una iglesia avejentada, que por miedo al futuro ha obstinado a los hijos más dinámicos hasta obligarlos a marcharse de casa. Queda en el aire la pregunta de dónde está entonces el verdadero tronco familiar.

Reconciliación y perdón

Como acabamos de decir, lo que ahora consideramos es una práctica escondida, hasta cierto punto inconsciente, al menos en lo que se refiere a sus implicaciones sacramentales. Esas mismas personas, interrogadas a nivel consciente, es muy posible que respondan 'hace

tiempo que no me confieso'. Pero ¿tienen razón? Sólo en parte, en una mínima parte. Desde el rito, que es desde donde normalmente se formula la pregunta, esta respuesta definiría acertadamente una situación. Consideradas las cosas desde el símbolo, la respuesta habría sido diferente y mucho más compleja.

A. CONSTRUCTORES DE PAZ

El sermón de la montaña declara felices a los constructores de la paz, y les anuncia que Dios los llamará hijos suyos.

Los repetidos fracasos históricos en la búsqueda de la armonía definitiva han hecho a la humanidad cada vez más exigente en sus proyectos. Hubo tiempos aún no olvidados en los que se creyó con excesivo optimismo que el mundo perfecto se alcanzaba por la simple adición de perfecciones individuales. En este esquema lo único que tendría que hacer cada uno para contribuir a la construcción de un mundo radicalmente nuevo consistiría —y no es poco— en convertirse radicalmente a nivel individual. Hoy muchos están convencidos de que eso no basta. Hay que transformar también las estructuras.

Por supuesto que eso no implica la inversión total del razonamiento anterior. Así como la suma de conversiones individuales no lleva necesariamente a la conversión de la sociedad, así tampoco el cambio de estructuras conlleva infaliblemente un mundo sin egoísmos. Existe entre ambas dimensiones una interrelación dialéctica. Unas estructuras más justas ayudan a ser más justo en la vida privada; asimismo la honradez individual facilita notablemente la implantación de un nuevo modo de convivencia. Ambos aspectos deben ir juntos y no es posible separarlos. Preguntarse por dónde ha de comenzar el proceso es tan ocioso como tratar de resolver el socorrido enigma del huevo y la gallina.

Es en este contexto donde muchos cristianos viven su sacramento de la reconciliación: en el trabajo comprometido en favor de la reconciliación social. Sería la traducción a nuestros días de aquel dicho de Santiago citado tan a menudo en la literatura sobre el sacramento de la penitencia: **"Quien endereza a un pecador de su extravío se salvará él mismo de la muerte y sepultará un sinfín**

de pecados" (Sant. 5.20).

En el proceso de construcción de una nueva sociedad donde desaparezcan al máximo las ofensas al hermano, uno busca redimir su propio pecado y trata al mismo tiempo de redimir el pecado de los demás.

El desorden estructural, la injusticia de la que hoy hablan de una u otra manera todos los documentos de nuestra iglesia, es algo que el cristiano no contempla desde la neutralidad puritana de un juez no implicado en el proceso. Todos somos responsables de una situación que nos oprime y nos convierte en opresores.

Es significativo que sea precisamente en los últimos años, en los que amplios sectores cristianos han optado por transformar el mundo desde los pobres y a su servicio, cuando por primera vez en su historia la Iglesia ha pedido reiteradamente perdón por sus culpas: **"Reconocemos que aún estamos lejos de vivir todo lo que predicamos. Por todas nuestras faltas y limitaciones, pedimos perdón, también nosotros pastores, a Dios y a nuestros hermanos en la fe y en la humanidad. Queremos no solamente ayudar a los demás en su conversión, sino también convertirnos juntamente con ellos"** (Puebla, Mensaje n.2). Esta coincidencia no es casual. La inserción en el mundo de los pobres ha hecho consciente a la Iglesia de su parte de culpa en que este submundo exista.

En este sentido, el compromiso por la liberación de todos los hombres es una actividad profundamente sacramental. Es una proclamación a gritos de que no queremos seguir colaborando con el pecado, y de que estamos arrepentidos de nuestro pasado, el cual asumimos y no negamos. A nivel de símbolos, esta participación heroica y arriesgada en el proyecto de los pisoteados y perseguidos dice mil veces más sobre la propia actitud que muchas confesiones susurradas en secreto en un ambiente cerrado frente a un sa-

cerdote. Lo cual no es afirmar que ambas cosas no puedan ir juntas alguna vez.

B. DISCERNIMIENTO

En las comunidades cristianas más maduras, cada vez es más profunda y exigente la autocrítica. Los tratados más tradicionales sobre el sacramento de la confesión insisten en la importancia que para la celebración del mismo tiene el ejercicio previo del examen de conciencia. Difícilmente se encontrará dentro de la Iglesia un lugar donde el discernimiento sea tomado más en serio que en estas comunidades.

Este discernimiento alcanza varios niveles complementarios. Comienza por un examen más global, donde se trata de descubrir en la historia los signos y antisignos de la presencia salvadora de Dios. El criterio principal de búsqueda será precisamente el de la justicia (expresión actual de conceptos más tradicionales como 'reconciliación'). Allí donde las fuerzas configuradoras de la historia mantienen un estado de "ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres" (Puebla n.30), no está Dios. "Acercándonos al pobre para acompañarlo y servirlo, hacemos lo que Cristo nos enseñó" (Puebla, n.1145).

Un segundo nivel tratará de encontrar la respuesta concreta que cada comunidad, desde su situación peculiar, debe aportar al conjunto. Es en esta parte donde el discernimiento alcanza su máximo de sinceridad y clarividencia. Allí se examina cada paso sin autocomplacencia: acciones realizadas, omisiones colectivas, manera de actuar, posibilidades frustradas por oposición externa, por falta de preparación adecuada, por minusvalorar las contradicciones y peligros. La situación 'marginal' en que la institución coloca con frecuencia a estas comunidades las hace sobriamente realistas al calcular los riesgos. Muchas veces las oposiciones vienen de donde se esperaban las alianzas. Hay que caminar por un campo minado donde ya es un logro llegar al objetivo deseado sin enredarse en el camino con polémicas distractivas e inú-

tiles. Hace falta un consumado equilibrio para mantenerse en la cuerda floja. Una y otra vez se cae al suelo y hay que volverse a preguntar ¿cómo lo vamos a hacer la próxima vez para llegar más lejos?

Por fin la persona se encierra un momento en sí misma y examina su aporte en el grupo con la ayuda de las críticas que los demás puedan hacer. En una comunidad en la que todos son solidarios se percibe mejor el significado colectivo de los propios actos. Los aciertos de un individuo benefician la labor del equipo, y sus errores la entorpecen. Ya no es posible actuar en nombre propio. Al lado de cada uno caminan las esperanzas e ilusiones de quienes confían en él.

De vez en cuando esta autocrítica personal y colectiva buscará renovar sus perspectivas llamando a otros grupos que acompañen en el proceso de autoevaluación.

C. PERDONAR COMO SOMOS PERDONADOS

Es también en la solidaridad donde mejor se experimenta lo que significa ser perdonado. La misma forma de ser cada uno —cuánto más su forma de actuar— puede ser motivo constante de roces y entorpecimientos que hacen más difícil la labor de los demás. Uno tendería a desesperar de sí mismo o a encerrarse en una inexpugnable autoafirmación defensiva, si no viera una y otra vez en acción la paciencia y aceptación de quienes le acompañan.

Si contemplamos de nuevo estas realidades 'desde el símbolo' el perdón por parte de los ofendidos es infinitamente más significativo que el de un representante oficial de la Iglesia no afectado directamente por los errores del que se confiesa. Lo cual, una vez más, no quiere decir que esa confesión no pueda tener sentido como una ulterior petición de perdón a tantos desconocidos que de alguna manera van a sufrir las consecuencias, y pueden estar simbólicamente representados en ese otro personaje más o menos 'desconocido', a quien además se ha confiado dentro de la Iglesia la misión de ser adminis-

trador oficial del perdón comunitario.

La conciencia de ser tan frecuentemente perdonado es la mejor escuela para aprender a perdonar. Así como, por poco clarividentes que seamos, nunca estamos totalmente satisfechos de nosotros mismos; así tampoco nos llena plenamente el grupo con el que nos toca trabajar. Cada uno tenemos dentro de nosotros una imagen más o menos definida de la comunidad ideal, que contrasta notablemente con la comunidad real que nos rodea. Es precisamente esta tensión entre lo utópico y lo real lo que da el margen donde podemos realizar nuestra tarea. El día en que todo nos parezca bien se habrá acabado el crecimiento. Por otra parte, esta distancia negativa se contempla con benevolencia y sin desaliento cuando uno ha sido enseñado a mirar así su propia negatividad.

Pero el perdón no alcanza sólo a los de casa. También se extiende a esos merodeadores de caminos cuya tarea parecería ser la de entorpecer el avance de los demás. Por lo general estas personas suelen ser de una 'buena intención' a toda prueba. El contexto en el que Jesús dijo 'perdónales porque no saben lo que hacen' es demasiado trágico para que lo interpretemos como una observación irónica. Muchos de ellos pueden incluso estar convencidos de que así salvan la integridad de la fe y la dignidad de la Iglesia (*"Llegará el día en que les maten pensando que así dan culto a Dios"* Juan 16.2). Para ser más fáciles en conceder nuestro perdón es muy sano que no perdamos la memoria de nuestro pasado individual y colectivo. Quién más quién menos, dentro de la Iglesia todos hemos pasado por nuestras épocas de intransigencia fanática, y Dios quiera que hayamos acabado con ellas. Es difícil ser fiel en el descubrimiento de un Dios a la vez tan locuaz y silencioso, que se revela en tantas partes y no se agota en ninguna. Todos vivimos en un difícil proceso de búsqueda entre sombras. Si muchas veces nuestra propia luz nos resulta tan oscura, no es extraño que desconcierte a los demás.

Por fin el perdón alcanza incluso a

quienes dentro de la historia parecen ser los portadores más despiadados de las fuerzas del mal. Y esto no por simple bonachonería; sino porque estamos convencidos de que el mundo no se transforma a través de revanchas. El mundo nuevo que deseamos crear es un lugar donde desaparezca la opresión, y no donde ésta simplemente cambie de signo. La venganza puede resultar reconfortante en un primer momento, pero a la larga rebota contra quien la inflige. Mientras en el mundo haya gente asediada, no puede haber paz. Ni siquiera el asesinato del enemigo acaba con la causa del dolor; este asesinato exacerbará a su vez el revanchismo de sus allegados y la cadena continuará girando interminable.

Es éste uno de los servicios más importantes que el cristianismo puede ofrecer en la actual situación. El servicio de Tomás Borge, que después de la victoria sandinista encuentra en la cárcel a su torturador y se 'venga' de él dándole la libertad. El servicio de Mons. Romero que un mes antes de su asesinato declaró al periódico mexicano *Excelsior*: *"Puede usted decir, si llegasen a matarme, que perdono y bendigo a quienes lo hagan. Ojalá así se convencieran de que perderán su tiempo. Un Obispo morirá, pero la Iglesia de Dios, que es el pueblo, no perecerá jamás"*.

D. CONFESION INDIVIDUAL

Todo lo dicho hasta ahora no significa que el grupo o la comunidad de base sean siempre el sustitutivo absoluto y suficiente de la confesión individual. Surgen ocasiones —mucho más frecuentes aún en quienes ni siquiera cuentan con un grupo de cristianos con el que compartir sus inquietudes— en las que se siente la necesidad de otro tipo de relación personal más privada.

La broma repetida de que 'yo hablo con los curas porque cuestan menos que los psiquiatras' expresa irónicamente esta función catártica de la confesión. Más de una vez nos podemos sentir angustiados por un problema que no queremos ventilar en público. En esos casos es ya un gran alivio po-

der hablar despacio con alguien dispuesto a escuchar y a reservarse la confidencia. El que el interlocutor sea un sacerdote debería ofrecer además una cierta garantía de formación, experiencia y equilibrio. El hecho de que sea un desconocido, o al menos uno que no comparte diariamente nuestra vida, nos puede dar también más libertad en esas circunstancias. Incluso hay momentos en los que se siente la necesidad de percibir sobre uno

mismo la presencia de los símbolos tradicionales: una mano que bendice, y unas palabras que otorgan la absolución en nombre de Dios.

Es así como nació históricamente la penitencia privada, como un auxilio al servicio de la persona que quiere acudir a ella, y es así como mantendrá su validez a través de las diferentes crisis por las que pueda pasar este sacramento.

Poniendo las verdaderas preguntas

¿Está en crisis el sacramento de la reconciliación? Quizás al final de estas páginas nos sintamos menos inclinados por una respuesta afirmativa. Hoy hay millares de cristianos más convencidos que nunca de la necesidad de esta dimensión. Puede ser que las formas de expresar esta inquietud no sean fáciles de encuadrar dentro de los esquemas de los pastoralistas y teólogos. Eso es cuestión suya. Pero la base no se ha engañado en el reencuentro de sus símbolos.

El problema está en poner las preguntas donde están las verdaderas cuestiones. Si nuestra pregunta fundamental sigue siendo —¿la gente se confiesa?— eliminaremos ya de entrada la parte más importante de la posible respuesta. Aunque la respuesta sea afirmativa, todavía sabremos muy poco sobre la vida cristiana de los así encuestados. Sería más acertado hacer preguntas semejantes a ésta: ¿sabe la gente dónde está la raíz del pecado? ¿aprende a discernir la acción salvadora de Dios en la historia? ¿existe capacidad de crítica dentro de la Igle-



sia? ¿colaboran los cristianos con las fuerzas que trabajan para hacer un mundo más humano? ¿están abiertos al perdón de los enemigos?

El compromiso por un mundo nuevo puede ir acompañado por actitudes muy distintas frente a la práctica concreta del sacramento de la confesión. Algunos no verán ninguna dificultad en seguir practicándolo como hasta ahora. Otros lo practicarán de vez en cuando sin estar muy seguros de lo que hacen, un poco por compulsión, por la costumbre, por no escandalizar o por si acaso. Otros buscarán el modo de adaptar el rito tradicional, de manera que responda mejor a la sensibilidad moderna. Por fin otros han abandonado esta práctica por un tiempo indefinido que no saben cuánto durará, porque han dejado de verle sentido y quieren ser coherentes con su propia conciencia. Es necesario respetar y acompañar el proceso de cada uno. Por lo demás, de poco sirve empeñarse en obligar por la fuerza a mantener una actitud contraria a lo que se piensa, en un tiempo en que es tan difícil hacer efectivo este empeño con medios coercitivos realmente eficaces.

Dentro de la última actitud anteriormente descrita hay bastantes más cristianos de lo que muchos dirigentes quisieran admitir. Y algunos de ellos ocupan puestos muy significativos dentro de la misma estructura eclesial. Esconder la cabeza bajo tierra es la postura de quienes se declaran incapaces de hacer frente a las nuevas situaciones de los creyentes, y se refugian desesperadamente en terrenos que alguna vez supieron —o creyeron que sabían— manejar. Es también la postura de mentes absolutistas que prefiero creer que no existen consistentemente dentro de la Iglesia.

Hace unos años se repetía hasta la saciedad que el Espíritu Santo era el gran desconocido dentro del cristianismo. Esto es explicable, porque en las épocas impositivas y estáticas la fe en el Espíritu está de más. El Espíritu es como "un viento que sopla donde quiere: oyes el ruido, pero no sabes de dónde viene ni adónde va" (Juan 3.8). Por eso cuando se suelta, en la Iglesia mucha gente se pone a temblar.

Es posible que en los últimos años, en cambio, hayamos exagerado de la palabra 'Espíritu' y lo hayamos visto actuar en direcciones divergentes y hasta contradictorias. Pero es la consecuencia natural del torbellino. Vivimos una época de gracia donde lo árido se ha recubierto de una vida incontenible. Ojalá aprovechemos este tiempo para plantar semillas duraderas.

Nota bibliográfica

Se puede encontrar un buen tratamiento de los aspectos bíblicos e históricos del tema aquí tratado en:

RAMOS—REGIDOR, José: *El sacramento de la Penitencia* — Sígueme, Salamanca, 1975.

Cada capítulo contiene además una abundante bibliografía que puede orientar en investigaciones ulteriores.

Sobre el proceso de la penitencia pública aporta más detalles:

BOROBIO, Dionisio: *La penitencia en la Iglesia Hispánica del siglo IV al VII* — Desclee, Bilbao, 1978.

CURSO DE ORGANIZACION POPULAR

1. Venezuela neo-capitalista
2. Venezuela socialista
3. Venezuela cooperativista
4. Poder popular cooperativo
5. Promoción y precooperativa
6. La cooperativa adulta
7. Curso básico de Cooperativismo

Bs. 3

LA EDUCACION EN VENEZUELA



TITULOS PUBLICADOS

1. La educación en los orígenes y creación de la nacionalidad (1498 - 1830)
2. Organización y consolidación del sistema educativo (1830 - 1935)
3. La educación en el proceso de modernización de Venezuela (1936 - 1948)
4. Pensamiento educativo de Acción Democrática: Raíces e ideas básicas (1936 - 1948)
5. El maestro en el proceso histórico venezolano

DIRIJANSE LOS PEDIDOS A

CERPE · Avenida Blandín · Colegio San Ignacio · Chacao
Apartado 61.393 · Caracas 106 · Teléfono 33.67.21

Bs. 5

CURSO DE FORMACION SOCIO-POLITICA

1. ¿Qué vas a hacer con tu vida?
2. Análisis Socio-Político de Venezuela
 - a) Período Colonial
3. Análisis Socio-Político de Venezuela
 - b) Siglo XIX
4. La Educación en Venezuela
5. Análisis Socio-Político de Venezuela
 - c) Siglo XX
6. Marginalidad venezolana
7. Realidad Indígena Venezolana
8. Los Medios de Comunicación en Venezuela
9. Análisis Socio-Económico de Venezuela I
10. Los Cristianos ante las Injusticias Sociales
11. Los Partidos Políticos de Venezuela
12. Venezuela y el Petróleo
13. La nacionalización del Hierro
14. La Propiedad Privada: Iglesia - Capitalismo - Socialismo
15. Cristianismo y Socialismo
16. Historia de la Lucha Armada en Venezuela
17. La Agricultura en Venezuela
18. El Productor Venezolano
19. Relaciones entre U.S.A. y Latinoamérica
20. La Corrupción en Venezuela
21. Análisis Socio-Económico de Venezuela II
22. La Existencia Campesina
23. Identidad Venezolana I

